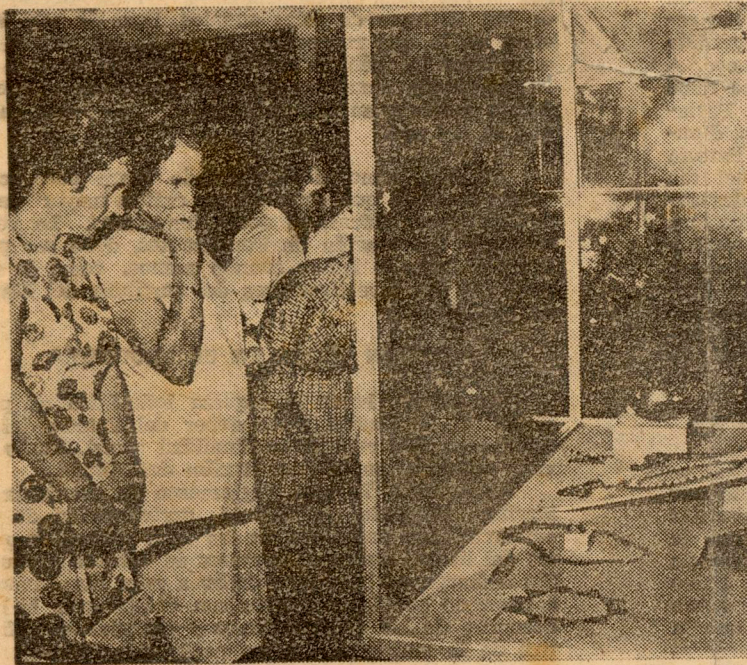


MUSEOS VIVOS

por Sebastián Salazar Bondy



Tiene el Perú un largo y rico pasado. Tiene también museos. Sin embargo, la historia, expresada en testimonios, y las instituciones oficialmente establecidas para recrearla, no han estado siempre tan estrictamente relacionadas como para que visitar las segundas sea aproximarse íntimamente a la primera. Salvo excepciones, todos nuestros museos son vastos y desatinados depósitos de documentos, obras de arte y otros restos valiosos del transcurrir peruano. Algunos, pese a que la nueva generación de historiadores, antropólogos, museólogos, etc., está capacitada para transformarlos y decidida a cumplir dicha fundamental tarea, parecen no querer ser sino meros locales que precariamente encierran las especies que el nombre institucional indica.

Hay síntomas, no obstante, de que un cambio está ocurriendo, y de que, aunque los presupuestos son mezquinos, la generosidad del mecenazgo más rara que infrecuente y la rutina burocrática congelada norma, hay esperanzas que a la vuelta de unos años este país de tantos miles de años sabrá enseñar primeramente a los propios el vario itinerario de su edad. De un lado, la exposición de "Arte Prehispánico", primer ciclo del programa "Tres mil años de arte peruano", en el Museo de Arte muestra que el espíritu didáctico —de un didactismo histórico que, con feliz expresión de Basadre, trata el pasado muerto como el médico estudia el cadáver "por aquello que hay en él y que sirve para conocer la vida", no por un prurito de necrofilia idealizadora— se abre paso e impone sus principios, que son los de analizar, por medio de la ciencia, cómo el hombre ha cumplido su aventura en este territorio nuestro y que glorias y frustraciones de esa trayectoria nos corresponde conservar y superar respectivamente.

De otra parte, la aparición de "Historia y Cultura", órgano del Museo Nacional de Historia, prueba que el espíritu que preside la experiencia antes seña-

lada no se constriñe a una sola entidad. Durante muchos años esta casa fue un vago espacio del que sólo por casualidad el público tenía información. La proyección de un plan de acuerdo con las ciencias sociales, que hoy se integran a la historia abriéndole nuevas perspectivas, multiplicando sus posibilidades de interpretación, rescatándola de la simple dexografía del archivero, se aprecia en "Historia y Cultura", que es de desear no interrumpa ni difiera su regular edición. El sumario no es del exclusivo interés de aquellos especialistas entregados al conocimiento del pretérito como escapatoria y refugio del presente, sino vivo atractivo para quienes interrogan el hoy repensando el proceso que ha llevado al Perú a la crisis de este tiempo, a su drama, el cual tendrá el desenlace que los peruanos mismos le encontremos merced al estudio, al conocimiento y a la meditación más amplios en profundidad y extensión. El Museo Nacional de Historia parece experimentar un "aggiornamento" semejante al del Museo de Arte.

Se abren, ante estos dos casos, algunos interrogantes: ¿Y el Museo Nacional de Arqueología y Antropología? ¿Seguirá siendo, como hasta ahora, el desvinculado y caótico edificio donde se guardan algunas de las obras de arte más preciosas de la humanidad? ¿No tendrá nunca publicaciones, no ofrecerá cursillos, no organizará muestras periódicas y visitas guiadas de estilos y culturas? Más preguntas surgen: ¿No llegará a haber nunca un Museo de las Artes Populares? ¿Tampoco un amplio Museo de la Naturaleza? ¿Faltarán el Museo de la Historia de Lima? ¿No se hará un Acuario? En fin, que queden pendientes estas cuestiones. El ejemplo del Museo de Arte y su Patronato, y el del Museo Nacional de Historia y su dirección, sean un incentivo para los demás. Son dignos ambos de estímulo, tanto por que han roto con la tradición inmovilista, sino porque al parecer, esta actitud responde al dinamismo de quienes los animan desde dentro.

